

orden defendían la libertad, y desafió á los insurrectos á que dijese lo que querían.

Thiers no sólo era responsable de sus actos ante la asamblea soberana, sino que sus menores palabras, como las de Bartolomé Saint-Hilaire, secretario general de la presidencia del Consejo, eran comentadas, desnaturalizadas, repetidas en los pasillos de la Cámara y á veces discutidas en la tribuna. Las delegaciones se sucedían sin interrupción en la presidencia: las Cámaras sindicales, la Liga republicana de los derechos de París, los francmasones, los municipios de las grandes ciudades delegaban comisiones para elevar al jefe del poder ejecutivo sus consejos, sus instancias, sus excitaciones y la esperanza de un próximo fin de la lucha empeñada. Thiers contestaba á todos lo mismo, pero no todos interpretaban sus palabras de la misma manera, ni las reproducían con escrupulosa fidelidad.

El 18 de mayo, Thiers subió también á la tribuna para hacer ratificar por la asamblea el tratado de Francfort que dejaba definitivamente Belfort á Francia, y el 24 para anunciar y deplorar los incendios de París y justificar la delegación de Julio Ferry en la prefectura del Sena. Dos días antes, el 22, la asamblea había declarado que los ejércitos de mar y tierra y el jefe del poder ejecutivo habían merecido bien de la patria. París había sido devuelto á su verdadero soberano, á Francia. ¿De qué manera? Esto es lo que vamos á referir.

Después del fracaso del golpe de mano intentado sobre Montmartre, el general Vinoy, comandante en jefe, reunió en la Escuela militar sus tres divisiones incompletas, puesto que el 88.º regimiento había hecho causa común con el enemigo, el 120.º se había dejado desarmar por el pueblo en el cuartel del Príncipe Eugenio, y el 69.º, acampado en el jardín del Luxemburgo, no pudo llegar á Versalles hasta algunos días después. La retirada del ejército, así debilitado, no dejó de presentar peligros entre París y la antigua corte de Luis XIV, no porque lo hostigasen los federados, sino porque, desmoralizado, indeciso entre la sumisión y la rebeldía, se preguntaba si iba á seguir á sus jefes á Versalles ó á juntarse con los insurrectos en París. La marcha había sido hábilmente ordenada: un piquete de gendarmes que iban á la cola de la larga columna podía activar á los rezagados y contener los conatos de desertión. Los oficiales se abstendían de dar órdenes por temor de no ser obedecidos. Sólo después de haber pasado el puente de Sevres recobraron toda su autoridad y pudieron activar la marcha. Una vez llegadas las tropas á su destino, evitose que se pusieran en contacto con la población; acantonados en las tiendas de Satory, los soldados volvieron pronto al sentimiento del deber; bien alimentados, bien vestidos, bien armados, visitados á menudo por sus oficiales y por el jefe del Estado, llamaron pronto la atención por su aire resuelto y su disciplina. Esta transformación hizo concebir grandes esperanzas. Y, en efecto, los vencidos del 18 de marzo iban á formar el núcleo del ejército destinado á reconquistar París.

En la circular dirigida á las autoridades de los departamentos, en 19 de marzo, Thiers estimaba que había 40.000 soldados reunidos en Versalles. Estas tropas fueron confiadas al mando del general Vinoy y reparti-

das en ocho divisiones, siete activas y una de reserva al mando del general Farón. Las activas estaban mandadas por los generales Maudhuy, Susbille, Bruat, Grenier, Montaudón, Pellé y Vergé. La caballería formaba tres divisiones á las órdenes de los generales Barail, Preuil y Ressayre.

La *Commune* sólo podía oponer á este ejército sus partidas valientes, pero indisciplinadas. A la unidad del poder y del mando que reinaban en Versalles respondían en París el desparramamiento de las responsabilidades y la multiplicidad de generales improvisados: el comité central había designado una docena, de los cuales hubo tres, Eudes, Bergeret y Duval, que impusieron su voluntad á la *Commune* naciente é hicieron decidir la primera salida. Hubo además Flourens que ejercía durante la *Commune*, como durante la Defensa nacional, un mando independiente.

En 1.º de abril, los prusianos ocupaban los fuertes del Este y del Norte, la *Commune* los del Sur, y el gobierno de Versalles el Monte Valeriano y las alturas que protegen al Norte y al Este la ciudad de Luis XIV. La *Commune* hizo explorar la península de Gennevilliers por tropas de descubierta, y el día 2 lanzó sobre Courbevoie, Puteaux, Nanterre y Rueil el grueso de sus fuerzas, al mismo tiempo que hacía una demostración menos importante por Chatillón y Meudón. Vinoy opuso las dos brigadas de infantería Daudel y Seigneurens y la brigada de caballería Gallifet á los federados que llenaban la península. Desde la glorieta de Bergeres, el ejército se lanzó sobre el cuartel de Courbevoie, defendido por cuatro batallones de insurrectos, se apoderó de él y despejó las inmediaciones del puente de Neuilly. A cosa de las cuatro fué nuevamente conducido á sus posiciones.

La primera sangre había sido vertida el 2 de abril. ¿Por Versalles ó por París? ¿Qué importa? Las cosas habían llegado á tal extremo que el rompimiento de hostilidades entre ambos adversarios se había hecho inevitable.

Aquella misma noche, en un consejo de guerra celebrado en la Casa consistorial, acordóse que al día siguiente los federados marcharían sobre Versalles en tres columnas, la primera por Bougival al mando de Bergeret y Flourens, la segunda por el bajo Meudón al mando de Duval, y la tercera por Chatillón al mando de Eudes. No se tuvo en cuenta el Monte Valeriano, que había de contribuir poderosamente, con las brigadas Garnier, Dumont y Daudel y la división de caballería Preuil, al resultado de la jornada. La primera y segunda columnas dejaron gran número de muertos en la llanura de Gennevilliers, y entre ellos Flourens, á quien mató en una casa de Chatou el capitán de gendarmaría Desmarest. En Meudón y en el Petit-Bicêtre, la brigada La Mariouse con los guardias de orden público y la brigada Derroja con los fusileros marinos rechazaron á los guardias nacionales en la carretera de Chatillón. Tanto en Meudón como en el Petit-Bicêtre, en Chatou, en Rueil y en Courbevoie, los federados dejaron gran número de prisioneros en manos del enemigo y muchos muertos sobre el terreno. El desdichado Duval, con dos oficiales de su Estado mayor, fué fusilado después del combate por orden del general Vinoy. Estas ejecuciones, como las que el general Ga-

liffet había ordenado en Chatou, imprimieron desde el principio un carácter terrible á la lucha. Ciertos oficiales superiores del ejército de Versalles desplegaron en la represión una violencia fría, tan atroz como impolítica, que explica, si no las justifica, las represalias de la *Commune*. En 4 de abril, la división Pellé y la brigada Derroja se apoderaron del reducto de Chatillón, completando la victoria de los días anteriores. Versalles quedaba al abrigo de un golpe de mano y la *Commune* se veía reducida á la defensiva.

Cluseret, que estaba al frente de la dirección de la Guerra con el título de delegado, comprendió que la *Commune* estaba condenada á encerrarse en sus muros y á él debió el gobierno insurreccional la prolongación de existencia que sus primeras derrotas no dejaban prevenir. Ex oficial del ejército, Cluseret organizó seriamente la defensa, reformó los batallones de guerra, artilló las murallas desde el Point de Jour hasta la Puerta Maillot y las posiciones avanzadas de Asnieres y de Becón en la margen derecha del Sena. La *Commune* no tuvo más que dos jefes militares, Cluseret y Rossel, y, sin embargo, les puso toda clase de trabas y no supo guardar al uno ni al otro.

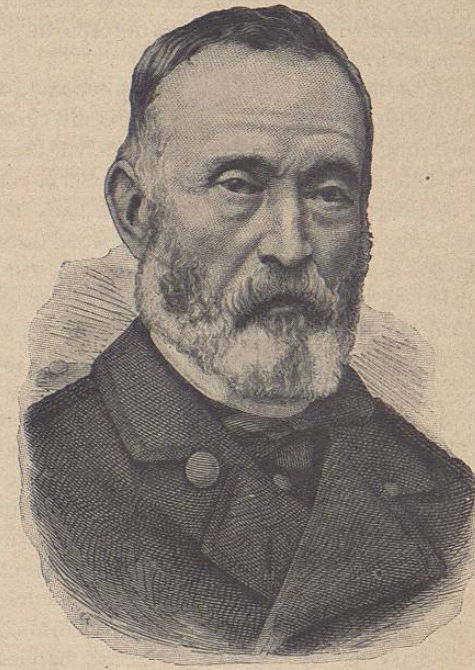
Las fuerzas de Versalles se reorganizaron también después de los combates de primeros de abril. Quitóse el mando superior á Vinoy, que recibió en cambio la gran cancillería de la Legión de honor, de la cual quizá hubiera debido excluirle la ejecución de Duval. Las fuerzas del gobierno legal, considerablemente aumentadas, fueron divididas en dos ejércitos, uno activo y otro de reserva. Este último, dejado al mando de Vinoy, no contaba más que tres divisiones. El activo, denominado ejército de Versalles, fué confiado al mando superior de Mac-Mahón, y comprendía al principio dos cuerpos de infantería de tres divisiones cada uno y un cuerpo de caballería. Los generales Ladmirault, Cissey y Barail se hallaban al frente de estos tres cuerpos. El jefe de Estado mayor era el general Borel. A medida que los prisioneros franceses volvían de Alemania, eran incorporados al ejército de Versalles, que contó, después de la firma del tratado de Francfort, más de 130.000 hombres. París pudo ser completamente sitiado al Oeste y al Sur, desde el extremo septentrional de la península de Gennevilliers hasta Choisy-le-Roi.

En 6 de abril reanudóse la lucha con el ataque de la entrada del puente de Neuilly; el día 7, después de un vivo combate, la división Montaudón y las brigadas Gallifet y Bessón ocuparon las primeras casas de Neuilly, aunque pagando esta victoria con la muerte de los generales Bessón y Pechot y muchas bajas en el ejército. Los días siguientes hubo un combate de artillería que duró casi sin interrupción hasta el 21 de mayo. Los únicos incidentes dignos de mención particular fueron la ocupación de varias casas de Neuilly por el general Wolf en 14 de abril, la del castillo de Becón por el coronel Davoust el día 17, y la de Asnieres por el general Montaudón el día 19.

El 24 de abril, los soldados vultos de Alemania y recibidos en Cherburgo, Auxerre y Cambrai, formaban el 4.º y 5.º cuerpos del ejército de Versalles, al mando de Douay y Clinchant.

Al día siguiente de este considerable aumento del ejército, las baterías, instaladas en la terraza del casti-

llo de Meudón, en Chatillón, en la estación de Meudón, en Bellevue, en el Parque almenado, en Brimbrión, en el pabellón de Breteuil, en el molino de piedra, en la linterna de Demóstenes y en el puente de Sevres, sin esperar la instalación de la batería de Montretout, que había de reunir 70 piezas de artillería de grueso calibre, empezaron, bajo la dirección del general Berckheim, un formidable cañoneo contra los muros de París. Las baterías del Point-du-Jour, de los fuertes de Issy, Vannes y Montrouge fueron las únicas que contestaron con algún resultado. En la noche del 26 al 27 de abril el general Farón se apoderó del pueblo de Moulineaux, y en la del 29 al 30, las brigadas Derroja,



El general Clemente Thomas

Paturel y Berthe ocuparon el cementerio, las trincheras, las canteras y el parque de Issy. La victoria de los versalleses ocasionó la caída de Cluseret, acusado «de haber estado á punto de comprometer la posesión del fuerte de Issy.» Este fuerte fué tan fatal á Rossel como á Cluseret; diez días después de haber sido destituido éste, lo fué Rossel por haber anunciado su derrota en estos términos: «La bandera tricolor ondea sobre el fuerte de Issy.» La toma de la estación de Clamart, la del castillo de Issy y la del reducto del molino Saquet por las tropas del general Lacrosette, así como el rompimiento del fuego por la gran batería de Montretout, que tuvo efecto el 8 de mayo, á las diez de la mañana, precedieron á la evacuación del fuerte por sus defensores, en la mañana del 9 de mayo. Horas después, el 38.º regimiento de marcha tomó posesión de él.

El periodista Delescluze reemplazó al artillero Rossel; pero éste no fué más afortunado que su antecesor en la lucha con el ejército sitiador, cuya victoria era ya fatal. La toma del fuerte de Vanves y el ataque del cuerpo de plaza fueron con afortunadas acciones en Boloña, en el pueblo de Issy, en el liceo de Vanves, en Levallois, en Clichy, en Malakoff, en el Gran Montrouge y en el molino de Cachán los últimos sucesos que precedieron la entrada del ejército en París, el 21 de



mayo, á las cinco de la tarde, dos meses y tres días después de haber salido de la capital.

El domingo, 21 de mayo, la población parisiense, mantenida en una engañosa seguridad merced á la lectura de los boletines oficiales que anunciaban invariablemente noches tranquilas, atrevidas descubiertas, ataques rechazados y un tiro tan certero que asombraba al enemigo, había llenado las Tullerías y los Campos Elíseos y saboreado las delicias de una tarde espléndida. La *Commune*, compartiendo aquella quietud, había juzgado y absuelto á Cluseret. Todos estaban á cien leguas del ejército de Versalles que avanzaba por el camino de ronda, á pocos kilómetros de la Casa de la Ciudad, y, cinco horas después de haber sido forzada la puerta de Auteuil, el observatorio del Arco de Triunfo negaba la entrada de los versalleses.

Los elementos de resistencia que aún contaba París en el momento de entrar en él las tropas de Versalles, eran muy complejos y obedecían á los móviles más diversos. Muchos federados creían en conciencia combatir por la República. Otros, que, desde hacía meses, respiraban una atmósfera artificial y malsana, sostenían la lucha por la lucha, porque no hacían otra cosa desde el 4 de septiembre, sin prever y sin desear el fin. Los patriotas exaltados volvieron contra los franceses un sentimiento legítimo que no habían podido satisfacer contra los prusianos. La envidia, el odio, las reivindicaciones sociales armaron también algunos brazos, aunque menos que el olvido del trabajo y los hábitos de embriaguez contraídos durante el primer sitio y conservados durante el segundo. Tan diversos sentimientos hacían de una gran masa de hombres un instrumento dócil en manos de los cabecillas. Estos eran sectarios que veían desvanecerse sus ilusiones, vanidosos desengañados que querían vengarse de su decepción convirtiéndolo á París en un montón de ruinas; hábiles que contaban sobrevivir á la derrota demasiado prevista; artistas del mal que iban á procurarse en París, como Eróstrates en Efeso, como Nerón en Roma, un bello espectáculo, y fieras que iban á matar por matar.

Las fuerzas del ataque eran mucho más homogéneas que las de la defensa. El país se había negado á responder al llamamiento hecho á los voluntarios al principio de la *Commune* y había permanecido neutral entre París y Versalles. El ejército se halló, pues, solo en presencia de la insurrección. En este ejército, el soldado cumplía pasivamente con su deber, por disciplina y por obediencia; los jefes, en su inmensa mayoría, experimentaban esa tristeza resignada que las guerras civiles inspiran á toda persona de noble corazón. A algunos de ellos les causaba una especie de alegría feroz el luchar contra adversarios políticos; entre estos últimos se encontraban los oficiales que hicieron ejecutar al falso Billioray en el Campo de Marte, á Milliere en las gradas del Panteón y á Varlin en Montmartre.

Hubo desde luego como una infiltración lenta, pero continua, del ejército de Versalles en París; después que se hubo hecho dueño de las puertas en el interior y en el exterior, pudieron entrar grandes masas esparciéndose por las calles laterales, á fin de envolver las defensas de los federados. Los oficiales marchaban por el centro de la calle y los soldados arrimados á las casas, que registraban rápidamente cuando desde ellas se ha-

cía fuego sobre las tropas. Los muertos eran colocados bajo cobertizos ó en las entradas de las casas, con la cara cubierta de paja y una etiqueta prendida en la ropa. Por la noche, el soldado, rendido de fatiga, se tendía indiferente al lado de los cadáveres de los federados.

La batalla de los siete días, como se la llamó, llenó, en efecto, toda la trágica semana desde el 21 hasta el 28 de mayo, batalla de innumerables incidentes, de atroces matanzas por una parte y de odiosos asesinatos por otra, de múltiples teatros, como la calle Real, las Tullerías, Montmartre, la calle de San Dionisio, la plaza del Chateau-d'Eau, la calle de Monge y el arrabal del Temple; batalla en que tomaron parte todos los cuerpos del ejército de Versalles, obedeciendo á una dirección inflexible, y sólo algunos miles de defensores de la *Commune*, sin lazo común y sin obedecer más que á su fanatismo, numerosos en puntos que no tenían importancia estratégica, y reducidos á algunas unidades detrás de barricadas que defendían todo un barrio. El ejército avanzaba de un modo lento, pero seguro, y el resultado de la lucha no fué dudoso un solo instante.

La mayor parte de los historiadores han afirmado que el ejército hubiera podido evitar los incendios, salvar algunos monumentos y muchas vidas humanas, precipitando aquella lucha. No era fácil resistir á la tentación de incriminar la lentitud de los sitiadores y atribuirle los desastres por ella causados; por esto han declarado que si en la noche del domingo al lunes el ejército hubiese marchado en dos columnas por ambas riberas del Sena, no hubiera encontrado obstáculos y, apoderándose de la Casa consistorial antes de que amanece, hubiera podido impedir la última reunión de la *Commune* y desorganizar de antemano toda resistencia. Sin duda el éxito de esa marcha audaz era posible y sus resultados hubieran sido probablemente considerables; pero ¿era prudente intentarla, después de la experiencia del 18 de marzo? ¿Convenía aventurarse hasta la residencia del cuerpo comunal, á riesgo de encontrarla defendida por numerosos batallones y baterías de artillería? ¿Convenía diseminar pequeños destacamentos por ambas márgenes del Sena, en cada puente, á riesgo de ponerlos en contacto con una muchedumbre amotinada y de verlos arrollados y desarmados, como lo habían sido dos meses antes el 88.º y el 120.º regimientos?

Y una toma de posesión más rápida ¿hubiera impedido los incendios? Cabe dudarlo. Si hubiera sido posible salvar el Tribunal de Cuentas, la Gran Cancillería, las Tullerías y la Biblioteca del Louvre, hubiesen sido otros los monumentos destruidos. Hasta en los barrios conquistados se cogieron niños y mujeres petroleros, que fueron fusilados sin piedad. Las amenazas proferidas antes del 18 de marzo, la requisita de las materias inflamables operada sistemáticamente por las comisiones llamadas científicas y los siniestros pronósticos de los periódicos revolucionarios son indicios reveladores. Los partidarios de la *Commune* estaban resueltos á destruir París en caso de ser vencidos. Si los federados incendiaron la Casa consistorial, la Prefectura de policía y el Palacio de Justicia, no fué para hacer desaparecer sus expedientes; fué porque la destrucción por la destrucción entraba en el plan general de la defensa. Hubieran incendiado también el Banco de Francia y provocado un desastre mayor, si el Banco no hubiese sido

defendido por su personal, organizado militarmente; como hubieran incendiado la Catedral, si no la hubiesen protegido los internos y los médicos del Hospital de la Cité.

La ocupación tardía no provocó los incendios que estaban resueltos de antemano; pero los incendios tuvieron indudablemente por resultado el hacer desapiadada la represión y aumentar el número de las víctimas por parte de la *Commune*. Thiers estuvo bien inspirado al negociar, con algunos de sus jefes, la entrega de una de las puertas de París: quiso evitar el horror de un asalto, sabiendo que difícilmente se contiene al soldado en tan terribles circunstancias. La entrada en París, debida á la casualidad y también á Ducatel, fué una toma de posesión y no un asalto; pero después de los incendios, cuando la población alocada excitó al ejército y denunció á los culpables verdaderos ó imaginarios, cuando los rencores y las venganzas personales pudieron darse rienda suelta, la represión adquirió un carácter atroz. ¡Días sombríos, tristes recuerdos que habían de dejar fermentos de odio duradero en las almas!

## XI

En la tarde del 28 de mayo, el general Mac-Mahón publicó la siguiente proclama anunciando á los habitantes de París que acababa de devolverseles la libertad: «El ejército de Francia ha venido á salvarlos. París queda libre. Nuestros soldados se han apoderado á las cuatro de esta tarde de las últimas posiciones ocupadas por los insurrectos. Ha concluído la lucha; el orden, el trabajo y la seguridad van á renacer.» En esta proclama, como en las que había dirigido á las tropas al tomar posesión del mando en jefe en el momento de entrar en París y al enterarse del derribo de la columna Vendome, como en la Memoria que había de presentar en 30 de junio sobre las operaciones del ejército de Versalles, Mac-Mahón mostró una moderación digna de alabanza. La declaración que hizo después, en 28 de agosto, ante la comisión informadora, revistió también una prudente reserva. A propósito de las ejecuciones que siguieron á la entrada de las tropas en la capital, el general en jefe declaró terminantemente que cuando los hombres deponían las armas no se les debía fusilar y que donde hubo tales ejecuciones se llevaron á efecto contra sus órdenes. El general sólo se equivocó acerca del número de estas ejecuciones, que él creía muy reducido y que, por desgracia, había sido muy considerable. También se equivocó respecto al número de insurrectos muertos con las armas en la mano desde el principio de la lucha, pues este número excedió de 17.000. En lo más recio del combate, Mac-Mahón justificó con su serena energía la confianza que Thiers había depositado en él.

En 29 de mayo, la carretera de Versalles á París por Sevres se llenó de un numeroso gentío que marchaba á la capital. A las tres, el jefe del poder ejecutivo, acompañado de los ministros, que habían asistido por la mañana á las rogativas públicas hechas en Versalles en presencia del nuncio Chigi, entró en la ciudad reconquistada á la insurrección y pasó algunas horas en el ministerio de Negocios extranjeros, en donde se había instalado el comandante en jefe. Los hombres se

descubrían al paso de Thiers; las mujeres y los niños, que acababan de salir de las casas ó de las cuevas, agitaban sus pañuelos; los soldados presentaban las armas; los bomberos, ocupados aún en apagar los incendios, saludaban militarmente; todo sin manifestaciones ruidosas, pues aquellos habitantes de París parecían sobre todo maravillados de encontrarse vivos después de aquella pesadilla espantosa de ocho días.

Al mismo tiempo, en Versalles, el duque de Audiffret-Pasquier invitaba á Ernesto Picard, ministro del Interior, á que procediera cuanto antes á las elecciones complementarias, para que la Asamblea nacional recibiese como un nuevo bautismo del sufragio universal.

La generalidad de los franceses se enteraron con satisfacción de la victoria del gobierno legal sobre el gobierno revolucionario; pero se preguntaban con inquietud si aquella victoria no iba á ser al mismo tiempo la de la Monarquía sobre la República, pues si escasas eran las simpatías que les inspiraban los hombres del comité central y de la *Commune*, pocas eran también las que sentían por los diputados elegidos en un momento de error.

¡Qué espectáculo ofrecía París después de la semana sangrienta! En el Point-du-Jour empezaba una larga serie de tejados hundidos, de paredes derribadas, de vigas ennegrecidas. En los Campos Elíseos aparecía con grandes destrozos la techumbre del Palacio de Industria. Desde la plaza de la Concordia hasta la Casa consistorial, por las tres grandes vías que conducen á la antigua casa del pueblo, no se ven más que piedras calcinadas, ruinas y escombros. Calles enteras han desaparecido. Algunos de los monumentos que embellecían este magnífico barrio yacen informes al pie de grandes muros ennegrecidos por el incendio. El ministerio de Hacienda no es más que un montón de escombros. De la columna Vendome sólo subsiste el zócalo. El esbelto palacio de la Legión de honor y el pesado edificio del Consejo de Estado han corrido igual suerte. El soberbio cuadrilátero que formaban el Louvre y las Tullerías, abierto al Norte y al Oeste, permite que se vean los dos arcos de Triunfo, el de la plaza de la Estrella y el del Carrousel, á través de las ventanas del esqueleto de las Tullerías. Más allá el Palacio de Justicia aparece maltrecho y la plaza de Greve ya no ofrece al Este la bella perspectiva de la Casa del Pueblo, pues el pueblo ha dejado destruir su morada por sus siniestros mandatarios. Una espesa nube de humo designa el sitio en que se alzó la Casa consistorial.

Y las ruinas morales son aún mayores que las ruinas materiales. En los quince primeros días de junio, el número de las denuncias enviadas á la prefectura de policía se eleva á 175.000. No son todos combatientes los que soldados y gendarmes conducen en interminables cuerdas á Versalles; entre ellos hay grupos enteros de gente del pueblo, niños, mujeres, ancianos, personas de bien designadas por ruin venganza. Sin duda serán puestas en libertad tan pronto como hayan sido identificadas sus personas; pero nadie les indemnizará del interminable calvario pasado en el camino de París á Versalles, donde recibieron los insultos más soeces de aquella misma muchedumbre que el día antes asistía indiferente ó regocijada á las hazañas de las petroleras.

El día 1.º de junio París fué dividido en cuatro gran-